

# Educación católica: nuevos desafíos

**Juan Cornejo Espejo\***

Universidad Católica del Maule, Facultad de Educación, Chile.  
Facultad de Educación

*Recibido: 06 julio 2015 Aceptado: 15 septiembre 2015*

**RESUMEN.** La globalización ha tenido una multiplicidad de efectos en el ámbito educativo, entre los que sobresalen problemas de inequidad y desigualdad social. De allí, que el gran desafío que visualiza la Iglesia para la educación católica sea el insertarse en los problemas actuales, lo cual supone no sólo un esfuerzo de reflexión sino también de compromiso con la transformación de las estructuras. Desde esta perspectiva el carácter específicamente católico de la educación está dado por los principios evangélicos y la defensa de los derechos humanos. Un aspecto distintivo de la educación católica ha de ser la opción preferencial por los pobres. Opción que se complementa con la educación inclusiva e interculturalidad, en tanto condiciones imprescindibles de reconocimiento y valoración de la diversidad y diferencia.

**PALABRAS CLAVE:** Diversidad, Diferencia, Pluralismo, Nuevos Escenarios, Educación Católica

## Catholic education: new challenges

**ABSTRACT.** Globalization has had a multitude of effects in education, in which stand out problems of inequity and social inequality. For that reason, the great challenge that the Church visualizes for catholic education is to be inserted in the current issues, which means not only an effort of reflection but also of commitment to the transformation of the structures. From this perspective, the specific character of catholic education is given by the evangelical principles and the defense of the human rights. A distinctive aspect of catholic education has to be the preferential option for the poor. It is an option that complements inclusive and intercultural education, as prerequisites for recognition and appreciation of diversity and difference.

**KEYWORDS:** Diversity, Difference, Pluralism, New Scenarios, Challenges, Catholic Education

## 1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Sin lugar a dudas la educación católica se ve enfrentada hoy a nuevos desafíos que la obligan a posicionarse frente a las problemáticas emergentes del mundo contemporáneo, pero a la vez ponen en cuestión su propia credibilidad y testimonio. Por lo pronto, los nuevos escenarios

---

\* Correspondencia: **Juan Cornejo Espejo**, Universidad Católica del Maule, Chile. Correo Electrónico: jcornejo@ucm.cl

producto de la globalización tecnológica y comunicacional, la expansión de los mercados internacionales, la inestabilidad laboral, la precarización de las condiciones de vida de millares de personas en todo el mundo, la intensificación de los procesos migratorios y la subsecuente feminización la violencia urbana, el narcotráfico entre otros muchos problemas ponen de manifiesto que si bien una parte importante de los problemas continúan vinculados a la pobreza, la marginación y la exclusión social, muchos otros exceden esos límites situándose más bien en el plano de las libertades individuales y colectivas, y de la capacidad de decidir.

A diferencia del pasado las personas parecen menos dispuestas a aceptar imposiciones normativas que no procedan de su propio discernimiento y decisión. Esta reivindicación, con todo, no está libre de tensiones, pues, por una parte se reivindica la libertad individual en todos los planos y, por otra, se constata la irrupción de fundamentalismos de todo orden que terminan hipotecando esa misma libertad. Vale decir, pareceríamos estar transitando de un modelo basado en la razón social a otro fundado en la autorrealización autónoma (Bajoit y Franssen, 1995).

Ello, probablemente, porque las culturas han dejado de ser homogéneas, primando lo que García Canclini (2001) ha dado en denominar como “culturas híbridas, donde conviven manifestaciones culturales diversas, y a veces contrapuestas, en un mismo espacio. Así, en las actuales condiciones de globalización, la hibridación o el mestizaje cultural en lugar de fusionar han dado lugar a una tensión permanente entre diálogo y confrontación. La hibridación como un proceso de intersección y transacciones pareciera que es lo que hace posible que la multiculturalidad evite lo que tiene de segregación y pueda convertirse en interculturalidad. Esto es, las políticas de hibridación pueden servir para trabajar democráticamente con las divergencias, de forma tal, de evitar las guerras entre culturas.

En ese escenario de tensiones permanentes, la irrupción de nuevas problemáticas que parecieran superponerse a las antiguas exclusiones focalizadas en los aspectos socioeconómicos, interpelan a la educación católica a seguir definiéndose por una opción preferencial por los pobres, pero al mismo tiempo a satisfacer las demandas de libertad, autonomía y autodeterminación. No obstante, no se puede desconocer que uno de los sellos distintivos de esas demandas es su acento en lo individual y la satisfacción personal por sobre los proyectos colectivos. A este respecto el papa Francisco afirma:

“El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien” (Evangelii gaudium, p. 2)

Asimismo, no se pueden obviar los cuestionamientos que recaen sobre la Iglesia y su propuesta educativa, en el sentido de estar permanentemente en una actitud exhortativa, desprovista de autocrítica, y de no ampliar los espacios de reflexión y diálogo a las voces disidentes.

Dicho en otros términos, la opción por los pobres continúa siendo un llamado de alerta y una guía que orienta la acción. No obstante, en las actuales condiciones de la sociedad y de los sistemas educativos contemporáneos no basta. La educación católica ha de abrirse a un mundo diverso, contradictorio y multicultural, sin duda hedonista e individualista, pero al mismo tiempo más consciente de los derechos humanos y libertades individuales y colectivas, exigente de sus instituciones y categórico ante la falta de testimonio.

En ese contexto una de las posibles claves que dan cuenta del pluralismo social y cultural, además de un lenguaje significativo que interpela desde el testimonio y no desde el discurso, es el reconocimiento de esa diversidad. Ya en 1995 la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* del Papa Paulo VI, afirmaba categóricamente que la Buena Nueva del Evangelio debía ser proclamada mediante el testimonio.

Diversidad que presupone no sólo el reconocimiento y valoración de la diversidad cultural, sino el resguardo de la libertad de conciencia, de la libertad religiosa y de la autodeterminación. En este sentido las propuestas de la educación católica han de conquistar por la seducción de un proyecto humanizante y no por la imposición o la descalificación moralizante. Por el compromiso y defensa de todos los derechos humanos y no sólo aquellos de primera o segunda generación que privilegian las dimensiones políticas o socioeconómicas e invisibilizan los otros que apelan a las subjetividades y la autorrealización.

En otras palabras, la educación católica enfrentada a las disyuntivas, tensiones y contradicciones de un mundo globalizado, plural y diverso ha de interpelar y dejarse interpelar, de testimoniar a través de sus opciones y no de sus discursos, y de reivindicar la libertad no limitándola a la libertad de enseñanza sino apostando y creyendo en la capacidad de los sujetos de discernir y decidir en conciencia.

En las siguientes páginas se esbozan algunos de los componentes de la globalización y sus efectos en el ámbito educativo, así como los dilemas que se plantean en la construcción de las identidades. Posteriormente se aborda la finalidad y especificidad de la educación católica a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, la vigencia de la opción por los pobres como elemento clave testimonial, las limitaciones de los procesos de reforma educativas de América Latina, y los nuevos escenarios y las apuestas de la educación católica en el contexto de un mundo globalizado.

## 2. GLOBALIZACIÓN: EFECTOS SOBRE LA EDUCACIÓN

Un aspecto en el que todos parecieran coincidir es que *“la globalización es un proceso inacabado, al cual le falta regulación, humanización y civilización”* (Samper, 2002, p.44). Es decir, es un proceso aún en desarrollo, cuyos efectos resultan todavía impredecibles.

Pese a lo anterior, existen condiciones que parecieran estar fuera de toda discusión, en el sentido de que la globalización pareciera ser la convergencia de varios fenómenos simultáneos: resultado de la integración de los sectores económico y financiero a escala mundial (Hallak, 1999); resultado del progreso tecnológico, especialmente de las TICs; resultado de los cambios geopolíticos de impacto mundial; y resultado de la expansión y liberación de los mercados, cuyos efectos se han dejado sentir en todos los ámbitos del quehacer humano.

En el ámbito estrictamente educativo los efectos de la globalización pueden focalizarse en cinco aspectos: el conocimiento dejó de ser lento, escaso y estable, la educación formal ha dejado de ser el único medio mediante el cual las nuevas generaciones entran en contacto con el conocimiento y la información; los(as) profesores(as) y los textos escritos han dejado de ser los soportes exclusivos de la comunicación educacional; y los cambios tecnológicos y la apertura a una economía global basada en el conocimiento han obligado a replantearse las competencias y destrezas que las sociedades deben enseñar y aprender (Brunner, 2001).

Según otros autores la globalización en la educación se deja sentir en el predominio del individualismo y la competencia, con poco espacio para el pensamiento libertario y contestatario; en que los actores tradicionales (padres y educadores) han sido reemplazados por empresas privadas e instituciones internacionales; en que valores como la productividad, eficiencia, eficacia, control de calidad, participación local y elección subyacen en todos los procesos de reforma educacional, fomentando de paso la descentralización, la privatización, la presión sobre los(as) estudiantes y profesores(as), entre otros muchos aspectos como estrategia para alcanzar los nuevos estándares (Stromquist, 2002).

El desafío que se plantea ante esta nueva realidad es, por un lado, que los beneficios de la globalización lleguen a un mayor número de personas y, por otro, reducir los costos sociales inherentes a su aplicación, de forma tal, de crear un entorno propicio que preserve y respete el pluralismo cultural. De no tenerse estos cuidados se terminaría imponiendo la “lógica del mercado” como única posibilidad de desarrollo; se debilitarían aún más los Estados nacionales; y la globalización económica y cultural terminaría imponiendo un concepto “productivista de educación” que ignore los valores sociales e individuales; además de legitimar la violación de los derechos humanos, especialmente desde el punto de vista de su universalidad.

En el caso de América Latina los desafíos que le impone la globalización a la educación pueden resumirse en cuatro puntos: educación y gobernabilidad; educación y equidad; educación y competitividad; y educación e identidad. Respecto del primero cabe señalar que la educación juega un papel fundamental en el mantenimiento de la gobernabilidad a través de lo que podría denominarse la “creación de una nueva ciudadanía”, cuya conceptualización está asociada a la búsqueda de alternativas que terminen con todas las formas de exclusión, al fortalecimiento de la sociedad civil, y la descentralización que garantice la gobernabilidad y representación.

En lo que respecta a la equidad, como bien se ha señalado reiteradamente, América Latina no es la región más pobre del mundo, sin embargo, puede considerarse como el continente donde la riqueza está peor distribuida. Entre los factores estructurales de esta inequitativa repartición se mencionan: factores demográficos, patrimoniales, ocupacionales y educativos; de allí, que los analistas expliquen esta contradicción en la incapacidad de los gobiernos de la región para crear empleos calificados y la incapacidad de crear mecanismos efectivos de redistribución de la riqueza nacional.

Esa incapacidad pareciera estar estrechamente ligada a otras condiciones igualmente relevantes a la hora de diseñar políticas de redistribución, entre las que resulta clave la competitividad; pues, a mayor inversión en educación, mayor productividad individual y social.

En otro plano los debates que suscitan la identidad y la globalización, el multiculturalismo y el cosmopolitismo parecieran estar en una síntesis integradora, en el sentido de que los sistemas educativos latinoamericanos deberían actuar como transmisores de valores que fortaleciesen nuestra identidad cultural, pero al mismo tiempo, permitiesen la adopción de aquellos códigos de modernidad que nos identificasen como “ciudadanos globales”. Es decir, sin renunciar a una “latinoamericanidad”, entendida como la suma de todas las esencias nacionales que nos caracterizan como una comunidad de valores y tradiciones, fuésemos capaces de integrarnos, desde nuestra identidad, activa y creativamente en los nuevos escenarios globales.

Entre los objetivos de una educación humanizadora, pero al mismo tiempo acorde a los desafíos presentes y futuros de la sociedad del conocimiento se suelen mencionar: una educación de calidad para todos(as) a lo largo de toda la vida; la satisfacción de las necesidades básicas de aprendizaje (lectura, escritura, valores culturales y morales, etc.); una formación para vivir en

una sociedad en permanente cambio; la adquisición de nuevas competencias para vivir en la sociedad de la información y las comunicaciones; una educación que promueva los valores y principios éticos básicos; una educación que incentive la convivencia y el desarrollo personal integral; una educación para el ejercicio activo de la ciudadanía; y una educación que promueva la cultura de la paz y solidaridad internacional (Cobo, 2005).

De algún modo esos objetivos, no sólo dan cuenta de los requerimientos de la sociedad del conocimiento en un mundo globalizado y altamente tecnologizado, sino que apuestan por la propia humanización de los sujetos a través del rescate de sus subjetividades, la multiplicación de los espacios ciudadanos de participación y la creación de redes de solidaridad y reciprocidad entre las distintas comunidades. Todo ello en vista de tornar nuestro mundo en el lugar de realización de la auténtica vocación humana.

En los siguientes párrafos intentaremos abordar algunos de esos desafíos, pero esta vez desde la perspectiva de la educación católica, poniendo especial atención a los elementos que le son propios y a las tareas aún pendientes.

### **3. FINALIDAD DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA**

Toda educación está llamada a transformarse en el lugar privilegiado de formación y promoción integral de la persona humana, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura. Tal encuentro acontece en la escuela, confrontando e insertando los valores perennes en las problemáticas sociales contemporáneas. En este sentido, como bien afirman los obispos latinoamericanos en Aparecida, la educación para ser educativa debe insertarse en los problemas actuales, de modo que las distintas disciplinas han de presentar no sólo un saber que adquirir, sino también valores que asimilar, y verdades que descubrir (Aparecida, 2007, p. 343).

Este desafío, no obstante, implica tener claridad respecto de los objetivos y propósitos de la educación, pues, “ningún maestro educa sin saber para qué educa, y que a su vez siempre existe un proyecto de hombre encerrado en todo proyecto educativo<sup>1</sup>; y que este proyecto vale según construya o destruya al educando” (Santo Domingo, 1992, p. 265). Así, corresponde a la escuela, en cuanto institución educativa, poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura.

Esta condición se torna más acuciante en la medida que son los mismos mecanismos informáticos y tecnológicos, distintivos de la sociedad del conocimiento, los que despiertan en la comunidad escolar las motivaciones, dudas y cuestionamientos valóricos y éticos en torno a la forma de relacionarse con la naturaleza, consigo mismo y con los demás seres humanos y, por cierto, también con lo trascendente (Dios).

Situación que pareciera haberse acentuado tras el fin de las tres grandes utopías modernas: la idea del progreso indefinido, el nacionalismo y el socialismo, claramente perceptibles desde

fin de los 80<sup>3</sup>; y que, de algún modo, constituyeron referentes valóricos e ideológicos para muchas generaciones de jóvenes en las décadas pasadas. La decepción postmoderna, resultado precisamente de los fracasos atribuidos a esas tres utopías, ha ido minando desde su base las motivaciones valóricas (Bentué, 1998).

---

<sup>1</sup> Esta premisa tradicionalmente anclada en la antropología filosófica y la ética, que establecía las pautas sobre el humanismo y señalaba a la educación el modelo de persona que debía preparar (educar), en la actualidad, en razón de los influjos y exigencias provenientes del proceso de globalización, parecieran haberse invertido, al punto que son las circunstancias históricas las que definen los objetivos, modos y estilos educativos.

Decepción que se ha visto refrendada en América Latina, con el triunfo avasallador y sin contrapeso del modelo neoliberal, que para amplios sectores de la población del continente ha significado una profundización de las condiciones de pobreza y marginación (Santo Domingo, 1992, p. 179 y O neoliberalismo na América Latina, 1996).

No obstante, con el derrumbe de las utopías modernas, la hegemonía indiscutida del modelo neoliberal, y los cuestionamientos a los grandes metarrelatos filosóficos y religiosos la crisis pareció tocar a la educación, al punto que la inercia surgida de la modernidad ha hecho que los sistemas educativos hayan privilegiado el rendimiento, la eficacia, la eficiencia y el lucro por sobre los proyectos colectivos, la reflexión crítica y la promoción de valores.

De allí, que aún continúe siendo válido el plantearnos las grandes cuestiones y los grandes criterios educativos que son necesarios para una auténtica renovación y transformación social. De ello depende, en buena parte, el futuro, tal como lo expresaba ya el Concilio Vaticano II:

“El porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar” (Gaudium et Spes, p. 31).

Lo anterior resulta particularmente válido si se tiene en cuenta la complejidad del mundo actual dado el pluralismo cultural y valórico surgido de la modernidad y acentuado de forma peculiar en la así llamada “postmodernidad”. Pese a ello, parece aún razonable postular que la perspectiva valórica subyacente a la tradición judeo – cristiana puede aportar ideales y significados que den sentido de la vida y, valores objetivamente enriquecedores de un proceso educativo humanizador, que evite las manipulaciones del ser humano y el riesgo inherente de vaciarlo de su propia identidad.

Todavía más, en éstos tiempos, la globalización y las nuevas tecnologías son, más que temas de moda, verdaderos motivos de reflexión, que nos interpelan a hacer una pausa en nuestros quehaceres cotidianos y nos obligan a cuestionarnos la manera de acercarnos a esas realidades; de forma tal, que los beneficios que ha traído consigo el nuevo milenio estén al alcance del mayor número de personas.

A propósito de lo anterior el papa Juan Pablo II (1999) en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in America*, sin desconocer los aspectos positivos de la globalización, advertía acerca de los riesgos que implicaba absolutizar el modelo económico que está en su base; especialmente cuando se anteponen los intereses económicos de ciertos grupos al bienestar de las personas o no se respeta el medio ambiente.

“Si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva a consecuencias negativas. Tales son, por ejemplo, la atribución de un valor absoluto a la economía, el desempleo, la disminución y el deterioro de ciertos servicios públicos, la destrucción del ambiente y de la naturaleza, el aumento de las diferencias entre ricos y pobres, y la competencia injusta que coloca a las naciones pobres en una situación de inferioridad cada vez más acentuada. La Iglesia, aunque reconoce los valores positivos que la globalización comporta, mira con inquietud los aspectos negativos derivados de ella” (p. 20).

Es esta misma línea el papa Benedicto XVI, a propósito de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (2009), hizo una invitación a promover una cultura del respeto, del diálogo y la amistad; pues, más que un tema el papa parece invitar a desarrollar un auténtico programa de trabajo.

#### 4. CARÁCTER ESPECÍFICO DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA

Hoy como en el pasado, algunas instituciones educativas que se dicen católicas parecieran no responder plenamente al proyecto educativo que debería distinguirlas; no cumpliendo de paso con las funciones que la Iglesia y la sociedad legítimamente tienen derecho a esperar de ellas. Muchas de las personas que trabajan en esas instituciones parecieran carecer de una clara conciencia de lo que supone la identidad católica; además de no visualizar con toda claridad las consecuencias que se derivan de su diferencia respecto de otro tipo de centros de formación; pues, lo que debería definir su concepción, objetivos y finalidad es la persona de Jesucristo (La Escuela Católica, 1977, p. 25). Si por el contrario, esa educación no puede hablar de Cristo, corre el riesgo de no ser cristiana, pese a denominarse de ese modo (Santo Domingo, 1992, p.265).

Por tanto, la educación es “católica”, porque los principios evangélicos son para ella norma educativa, motivaciones interiores y metas finales. Este es el carácter específicamente católico de la educación. En el mundo plural de hoy esta adhesión presupone, entre otros aspectos, una defensa irrestricta de todos los derechos humanos, la promoción de la solidaridad como expresión liberadora de la caridad y la comunión eclesial.

No obstante, estas no son las únicas condiciones que se le imponen a la educación católica, ella ha de propender a una síntesis entre fe y cultura, de modo tal, de cultivar el entendimiento y apoyo recíproco entre los distintos saberes, con el debido respeto a los métodos particulares de cada una. En este sentido resultaría erróneo considerar estas disciplinas como simples auxiliares de la fe o como recursos apologeticos; pues, ellas permiten aprender técnicas, conocimientos, métodos intelectuales, actitudes morales y sociales que capacitan a los(as) estudiantes a desarrollar su propia personalidad e integrarse de forma activa en la comunidad. De esta manera, la educación católica ha de considerar a las distintas ciencias humanas no sólo como saberes a adquirir, sino también como valores a asimilar y verdades que descubrir (Vargas, 2007).

En esta misma línea se ha de subrayar que la investigación en el contexto de la educación católica ha de buscar la integración de todos los saberes como una tarea permanente y siempre perfeccionable. Iluminados por la filosofía y la teología, los constructores del currículo de un proyecto educativo católico han de esforzarse en determinar el lugar que le corresponde y el sentido de cada una de las disciplinas que componen el marco de una visión de la persona humana, iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo, centro de la creación y Señor de la historia (Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, 1990, p.4).

En esa tarea de integración y conciliación la educación católica ha de fomentar el diálogo entre fe y razón, de modo de poner de manifiesto como esas dos realidades se encuentran en una única verdad y tienen su origen en el mismo Dios (*Gaudium et Spes*, p. 36).

Especial responsabilidad en esta síntesis de saberes le corresponde a la teología, pues, ella además de no poder encapsularse en sus propias disquisiciones, so pena de enajenación, ha de colaborar con los otros saberes en la búsqueda de significados, así como ayudarles a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad.

En otras palabras, el desarrollo integral de la persona humana y de las sociedades, exigen la construcción de un discurso transdisciplinario, en el que se incluyen de forma activa la filosofía y la teología, que de cuenta de una visión orgánica de la realidad y contribuya al deseo incesante de progreso intelectual.

Otro de los desafíos a que se ve enfrentada la educación católica es motivar a los(las) estudiantes a hacer una síntesis entre fe y vida. Para ello ha de estimularlos a superar el individualismo y a descubrir, a la luz de la fe, que están llamados a vivir de manera responsable una vocación específica en un contexto de solidaridad con las otras personas; o dicho de otro modo, a comprometerse en el servicio de Dios, transformando el mundo para que venga a ser una digna morada de los hombres (La Escuela Católica, 1977).

El cumplimiento de este desafío, si bien respeta la libertad de conciencia, no tiene como fin último una simple adhesión intelectual a la verdad religiosa, sino asumir el compromiso personal con la persona de Cristo (La Escuela Católica, 1977).

Y es en este contexto también en que se han de entender las actividades de una universidad católica, en vista de una armonización y compromiso con la misión evangelizadora de la Iglesia, de tal forma, que la investigación ponga los nuevos descubrimientos al servicio de las personas y de la sociedad; que la formación prepare hombres y mujeres capaces de un juicio racional y crítico, además de conscientes de la dignidad de la persona humana; que la formación profesional comprenda los valores éticos y la dimensión de servicio; que el diálogo con la cultura favorezca una mejor comprensión de la fe; que la investigación teológica ayude a la expresión de la fe en un lenguaje comprensible a los tiempos que se viven.

En síntesis, la universidad católica debe asumir un papel “humanizador” de la globalización, vale decir, formar personas preparadas para enfrentar los problemas derivados de la pobreza, la falta de oportunidades, las desigualdades en el acceso a los bienes culturales y educativos, destrucción del medio ambiente, etc. En otras palabras, la universidad católica debe aprender a convertir los peligros de la globalización en oportunidades para el intercambio cultural, social y económico de nuestra América Latina.

En esta misma perspectiva se ha de subrayar que la dimensión eclesial no constituye una característica sobrepuesta, sino una cualidad propia y específica de la educación católica (La Escuela Católica en los Umbrales del Tercer Milenio, 1997).

Es decir, se ha de tender a que la escuela católica sea una comunidad de fe donde Dios se hace presente y se comunica, donde el anuncio y el testimonio cobran vida, donde se hace una auténtica experiencia de Iglesia, y donde la comunión y la participación, particularmente de los jóvenes, es expresión de la comunión humana y cristiana con Dios; pues, como bien enfatizan los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida: “*la fe cristiana nace y crece en el seno de una comunidad*” (Aparecida, 2007, p. 352).

Expresión análoga es la que se desprende de la Conferencia Episcopal de Chile a través de las Orientaciones Pastorales 2000 – 2005 que señala: “es oportuno recordar, en sintonía con el Concilio Vaticano II, que la dimensión comunitaria de los centros católicos no es una característica psicológica, sino que también tiene un fundamento teológico” (p. 114)

Asimismo, el educador laico ha de estar convencido de que es partícipe de la misión santificadora y educadora de la Iglesia y, por lo mismo, no puede considerarse al margen del conjunto eclesial (*El laico educador, testigo de fe en la escuela*, 1982, p. 24).

## 5. VALIDEZ DE LA OPCIÓN POR LOS POBRES EN UN MUNDO GLOBALIZADO

Un primer aspecto que es necesario subrayar es que la identidad de la educación católica no es estática, sino que debe renovarse constantemente, de modo de no sólo acompañar los cambios, sino responder a las inquietudes y búsquedas, especialmente de las nuevas generaciones. Y considerando que la globalización toca todos los ámbitos de la vida humana, la educación católica se ve, igualmente, interpelada y puesta a prueba, desde sus fundamentos hasta las funciones que debe cumplir en las sociedades actuales.

Sin desconocer los innegables beneficios de la globalización en el desarrollo de nuevas tecnologías, acopio de información y expansión de los medios de comunicación de masas, no se puede desconocer que es una “globalización asimétrica”; situación particularmente perceptible en nuestro continente, por cuanto tiende a acrecentar la desigualdad de oportunidades, la pobreza, la corrupción, la nivelación cultural, la colonización económica y valórica.

Como se ha señalado insistentemente por la Iglesia las desigualdades, fruto de la inadecuada distribución de la educación y la riqueza, hieren severamente el tejido social. De allí, que el deber fundamental de la educación católica consista en humanizar la globalización y globalizar la solidaridad.

En ese contexto la opción por los pobres debería transformarse en un elemento distintivo de la identidad de cada comunidad educativa católica. A este respecto el papa Juan Pablo II exhortaba a los católicos diciendo que el servicio e influjo de los distintos centros de la Iglesia dedicados a la enseñanza llegase a todos los sectores de la sociedad sin distinciones, ni exclusivismos. “Nunca será posible liberar a los indigentes de su pobreza si antes no se libera de la miseria debida a la carencia de una educación digna” (Exhortación Apostólica Postsinodal, *Ecclesia in America*, 1999: p. 71).

Ya en Medellín, en un intento por aplicar las recomendaciones del Concilio Vaticano II, se insistía acerca de la necesidad de una efectiva democratización de la escuela católica, de tal modo que todos los sectores sociales, sin distinción alguna, tuviesen acceso a ella (Medellín, 1968, p.33). En esa misma línea en Puebla se exhortaba a la universidad católica a hacer un autoanálisis continuo y hacer flexible sus estructuras operacionales para responder a los desafíos de su región o país, mediante el ofrecimiento de carreras cortas especializadas, educación continuada para adultos, extensión universitaria con oferta de oportunidades y servicios para grupos marginados y pobres (Puebla, 1979, p. 1062). El llamado de los pastores en esa Asamblea era dar prioridad en el campo educativo a los sectores pobres, marginados material y culturalmente, orientando preferentemente hacia ellos los servicios educativos de la Iglesia (Puebla, 1979, p. 1043).

La presencia educadora de la Iglesia en la cultura, que la interpela a abrirse al don de trascendencia de sus propias posibilidades autónomas, se sintetiza de modo magistral en otro texto de Puebla inspirado en *Evangelii Nuntiandi*:

“La Iglesia colabora por el anuncio de la Buena Nueva y, a través de una radical conversión a la justicia y al amor, a transformar desde dentro las estructuras de la sociedad pluralista que respeten y promuevan la dignidad de la persona humana y la abran a la posibilidad de alcanzar su vocación suprema de comunión con Dios y de los hombres entre sí” (Puebla, 1979, p. 1206).

Como consecuencia de esa urgente y necesaria transformación, desde el interior mismo de las estructuras de la sociedad, se plantea para la educación católica la exigencia moral de transformarse

en una educación liberadora como parte integrante de una educación evangelizadora (Puebla, 1979, pp. 1055-1059-1060). Exigencia que pone de manifiesto que no hay evangelización sin liberación estructural.

En ese entendido una educación auténticamente evangelizadora debe estar orientada al servicio, particularmente de los más desfavorecidos y marginados de la sociedad; pero no un servicio limosnero paternalista, que alivie las conciencias, sino un servicio para la justicia (Puebla, 1979, p. 1029).

Para dar cumplimiento a este mandato el primer paso lo constituye la toma de conciencia de que la educación, como toda expresión cultural, está condicionada por los sistemas socio – económicos y culturales dominantes. Es decir, se trata de una educación “aleccionadora” en la línea de los valores del orden establecido; o como bien han venido denunciando desde hace ya algunas décadas los teóricos de la reproducción, la educación no es más que el reflejo o la expresión de las desigualdades presentes en la sociedad. Fenómeno que no sólo da cuenta de la injusticia social y falta de solidaridad imperante, sino que impide el cumplimiento de una de las funciones fundamentales de la educación, cual es la creación y transformación social y cultural.

En consideración a esos antecedentes la educación, y especialmente aquella que dice inspirarse en los valores evangélicos, debe hacerse cargo de los intentos de manipulación cultural de los grupos de poder que tratan de resguardar sus intereses e inculcar sus ideologías (Puebla, 1979, p. 61). Pues, no se puede obviar que esos sistemas buscan transmitir una educación repetitiva, funcional a sus propios intereses, que les asegure el reparto de la riqueza y el poder.

En un continente marcado por las desigualdades, expresión del pecado social, la educación, y de modo especial la educación católica, debe ayudar al sujeto a tomar conciencia de su dignidad inalienable (Puebla, 1979, p. 18), y contrastarla con su situación de hecho. De ese ejercicio deberá surgir una actitud que le permita decir su palabra y no simplemente repetir la que le viene impuesta por una cultura dominante, que tiende a “domesticarlo”.

La Iglesia en cumplimiento con su misión evangelizadora ha de promover un proyecto educativo que contribuya a la liberación integral de la persona humana. Mandato especialmente válido en un mundo globalizado. A propósito de lo anterior resulta iluminador recordar las palabras de Paulo VI quien en *Evangelii Nuntiandi* recogía y hacía suya la perspectiva de los obispos latinoamericanos en Medellín:

“La Iglesia, repitieron los obispos, tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización” (Evangelii Nuntiandi, p. 26).

En una América Latina en donde las distintas estructuras parecieran marcadas por la falta de solidaridad y el pecado social, la fe no resultar creíble. Se hace necesario personas audaces y valientes para denunciar la relación causal entre los procesos educativos vigentes y la situación de miseria de muchos (Puebla, 1979, p. 1014); la inadecuación de los sistemas educativos a las culturas de los pueblos originarios o autóctonos (Puebla, 1979, pp. 115-1053); la injusta distribución de los recursos educacionales (Puebla, 1979, p. 1016); la manipulación de la educación con simples criterios de rentabilidad o de interés político partidista (Puebla, 1979, p.1021); la imputación, por parte de algunos gobiernos, de que determinados aspectos de la educación cristiana son subversivos (Puebla, 1979, p. 1017); o bien el carácter elitista o clasista de algunas escuelas y universidades católicas “con escasos resultados en la educación de la fe y de los cambios sociales”

(Puebla, 1979, p. 1019; *Gaudium et Spes*, p. 19).

Motivada por las situaciones antes descritas, ya desde Puebla, la Iglesia ha impuesto el desafío a la educación católica de “producir los agentes para el cambio permanente y orgánico que requiere la sociedad de América Latina” (Puebla, 1979, p. 1033). Lo que implica que se “debe ejercer la función crítica propia de la verdadera educación” (Puebla, 1979, pp. 1029-1046-1048-1050 -1197). En esa misma línea la Iglesia asigna a las universidades católicas la función de iluminar los cambios estructurales (Puebla, 1979, pp. 1055-1060-1239).

No podemos dejar de hacer notar que pese a que han pasado tres décadas desde Puebla, muchas de sus denuncias en relación a las situaciones de injusticia social que caracterizan al continente y exhortaciones en favor de la construcción de una sociedad más igualitaria y participativa, y para cuyo objetivo la educación es un instrumento privilegiado, aún resultan iluminadoras. Aquellas palabras, no obstante, los nuevos escenarios producto de un mundo globalizado y la sociedad del conocimiento y la información a la que han de adaptarse nuestros sistemas educativos conservan su valor profético.

## 6. LIMITACIONES DE LOS PROCESOS DE REFORMAS EN AMÉRICA LATINA

Haciendo referencia a los procesos de reforma educacional llevados a cabo en la mayoría de los países de la región, el *Documento Participación*, preparatorio de la Conferencia General de Aparecida (2007), afirmaba que si bien son necesarias tales reformas en vista de adaptarse a las nuevas exigencias que ha generado el cambio global, muchas de ellas privilegian la adquisición de conocimientos y habilidades, en desmedro o con total desconocimiento de otras dimensiones o aspectos de la personalidad humana, con el consecuente reduccionismo antropológico que ello supone; pues, conciben la educación en función de la producción, la competitividad y el mercado.

Es decir, esas reformas lejos de promover los mejores valores en los jóvenes o su espíritu religioso, tampoco les enseñan los caminos para superar la violencia y construir una cultura de la paz y la solidaridad. Sin contar que las reformas emprendidas no han asegurado un acceso más equitativo, con igualdad de oportunidades, a los sistemas de enseñanza a todos los jóvenes.

Asimismo, el consumo de drogas, alcohol y la violencia intraescolar, además de ir en aumento, constituyen un fenómeno grave que requiere un análisis interdisciplinario y superación de sus causas (Hacia la 5ª Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento de Participación, 2005, p. 128).

Es importante consignar que la crítica a una educación centrada exclusivamente en criterios de eficacia, vale decir, restringida a logros medibles tales como la eficiencia en el manejo de los recursos, el rendimiento en pruebas estandarizadas, la difusión de nuevas tecnologías en las escuelas y/o la cobertura por niveles está, igualmente, presente en otros pensadores latinoamericanos. Para éstos la imposición de una lógica reductiva a mediciones agregadas, basados en criterios de eficiencia y operatividad a los que se asocian las obsesiones por los resultados controlables y medibles por el especialista – experto, por los funcionamientos sistémicos o por la competitividad, resultan insuficiente en circunstancias de que estamos frente a procesos de alto contenido simbólico y cultural (Hoppenhayn, 2006 y Téllez, 1998).

En sintonía con lo anterior resulta interesante revisar la postura de A. Touraine (1997), quien pone en duda la transmisión de saberes puramente funcionales.

“No puede hablarse de educación cuando se reduce al individuo a funciones sociales que él debe asumir. Más aún el futuro profesional es tan imprevisible, e implicará brechas tan grandes en relación a lo que han aprendido la mayoría de quienes asisten hoy a la escuela, que debemos, antes que nada, solicitar a la escuela que los prepare para aprender a cambiar más que formarlos en competencias específicas que probablemente estarán obsoletas o serán inútiles para la mayor parte de ellos a corto plazo” (Touraine, 1997, p. 326).

Frente a la incertidumbre del futuro y la relación entre educación hoy y empleo mañana, este pensador apuesta por lo que denomina la “Escuela del Sujeto”. Escuela que deberá estar orientada hacia la libertad personal, la comunicación intercultural y la gestión democrática de la sociedad y sus cambios.

Sin perjuicio de los múltiples desafíos y tareas aún pendientes para la educación católica, es necesario señalar que la validez de los resultados educativos de las instituciones católicas no se mide sólo en términos de eficacia inmediata.

En la escuela católica, además de la libertad del educador y de la libertad del educando, colocados en relación dialógica, se debe tener en consideración el factor de la “gracia”. Así libertad y gracia maduran sus frutos según el ritmo del espíritu, que no se mide sólo con categorías temporales.

En ese escenario de controversias las instituciones educativas católicas están llamadas a ampliar los focos de preocupaciones, de forma tal, de incorporar aspectos hasta ahora relegados a un segundo plano, pero que, en definitiva, conforman un acervo valórico y cultural permanente.

Así, por ejemplo, la universidad católica tiene el desafío de incluir en sus programas de investigación los grandes problemas del mundo contemporáneo, tales como la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia, la protección del medio ambiente, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos económicos y de los bienes culturales, la búsqueda de un ordenamiento económico y político que atienda de mejor forma a los requerimientos de las comunidades, el mejoramiento de la calidad de vida personal y familiar, entre otros muchos aspectos.

Para dar cumplimiento a estas tareas la investigación universitaria ha de estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas. En este sentido, la universidad católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad (Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, 1990, p. 32).

No son pocos los que, asimismo, asignan a las universidades católicas otras funciones, además de las ya señaladas, como es la de desarrollar proyectos nacionales alternativos a la globalización neoliberal. Esta reivindicación se hace perentoria, especialmente si se tiene en consideración la triple crisis que viven estas instituciones: de hegemonía, pues, ellas ya no poseen el monopolio de la investigación; de legitimidad, por cuanto son acusadas de negar el acceso a los más desfavorecidos económicamente; y de institucionalidad, pues, existe la tendencia a convertir las en “empresas”, mercantilizando el servicio público que deberían prestar. En este sentido no se debe olvidar que la educación superior es también un valor espiritual y social que no puede ser sustituido por un modelo meramente empresarial.

En este espíritu la invitación de la Iglesia apunta también a la promoción de la educación no formal, a fin de revitalizar la cultura popular, poniendo de manifiesto los valores y símbolos cristianos de la cultura latinoamericana. Acompañar la alfabetización de los grupos marginales

con acciones educativas que los ayuden a comunicarse eficazmente; tomar conciencia de sus deberes y derechos; comprender la situación en que viven y discernir sus causas; capacitarse para organizarse en lo civil, lo laboral y lo político, y así poder participar plenamente en los procesos decisivos que les atañen (Puebla, pp. 1045–1047).

En lo que respecta a los jóvenes, la educación católica ha de tener como meta la colaboración en tres dimensiones de su personalidad: la formación de la conciencia moral, la educación en el amor y la sexualidad, y el desarrollo de la dimensión social y política a fin fortalecer su compromiso con la construcción de una sociedad más justa, fraterna y solidaria; sin olvidar, por cierto, que lo que debe dar sentido y significado a cualquier emprendimiento en el proceso de desarrollo personal y social es la persona de Cristo.

## **7. NUEVOS ESCENARIOS: NUEVOS DESAFÍOS**

En un mundo globalizado, complejo y contradictorio, la educación católica ha de continuar exhortando al compromiso y a la acción, especialmente con los más pobres y excluidos de la sociedad, que en muchas oportunidades ven restringidas sus posibilidades de acceso a una educación digna y de calidad. No obstante, las exigencias no se agotan en ese compromiso. Hoy los distintos grupos sociales demandan una postura más decidida de la Iglesia en relación a otros derechos que sobrepasan las primeras generaciones de derechos humanos, y que guardan relación con la defensa del medio ambiente en tanto habitat del ser humano, el pluralismo religioso, el multiculturalismo, entre otros varios puntos. En este sentido la educación católica, expresión del sentir y voluntad de la Iglesia, no puede seguir pretendiendo “ser las voz de los que no tienen voz”, como fue la consigna de las décadas pasadas.

En las actuales condiciones son los propios excluidos que reivindican para sí el derecho de manifestarse, aún a costa de contradecir o cuestionar la palabra de la propia Iglesia. No es inusual entonces encontrar voces que la acusan, pese a sus exhortaciones, de defender en materia educativa los intereses de grupos económicos identificados con el conservadurismo moral y religioso, de no promover el diálogo entre culturas a fin de evitar los intentos asimilacionistas u homogeneizantes, de no ser sensible a la pluralidad de creencias, valores y estilos de vida, además de no respetar la autoderterminación de las personas.

Esos cuestionamientos, sin duda, obligan a la Iglesia y su propuesta educativa a reflexionar y evaluar las críticas, de modo de discernir nuevas formas de iluminar y proponer acciones que junto con integrar dimensiones descuidadas o desatendidas, se transformen en ejemplos que interpelan desde el testimonio y no de la discursividad.

Uno de los elementos claves para entender y asistir a ese mundo complejo, plural y diverso, que penetra las paredes de la escuela, es reconocer que la diversidad y la diferencia son constitutivas de la condición humana, y que por tanto, contradicen los intentos homogeneizadores y padronizantes, que no son otra cosa que la negación de la especificidad y particularidad del ser humano.

“Tenemos el derecho de ser iguales cuando nuestra diferencia nos inferioriza, y tenemos el derecho de ser diferentes cuando nuestra igualdad nos descaracteriza. De allí la necesidad de una igualdad que reconozca las diferencias, y de una diferencia que no produzca, alimente o reproduzca las desigualdades” (Santos, 2003, p. 56).

Es decir, reconocer la diversidad y la diferencia es adoptar una postura de vida que no las excluye, sino que abre espacio para la coexistencia respetuosa de aquello que es diverso y diferente.

“El mismo respeto para todos y cada uno no se extiende a aquellos que son congéneres, sino a la persona del otro o de los otros en su alteridad. La responsabilidad solidaria por el otro como uno de los nuestros se refiere al “nosotros” flexible en una comunidad que resiste a todo lo que es substancial y que amplía constantemente sus fronteras porosas. Esa comunidad moral se constituye exclusivamente por la idea negativa de la abolición de la discriminación y del sufrimiento, así como la inclusión de los marginados, y de cada marginado en particular, en una relación de deferencia mutua. Esa comunidad proyectada de modo constructivo no es un colectivo que obliga a sus miembros uniformizados a la afirmación de la índole propia de cada uno. Inclusión no significa aquí confinamiento dentro de lo propio y cierre frente a lo ajeno. Antes la “inclusión del otro” significa que las fronteras de la comunidad están abiertas a todos – también a aquellos que son extraños uno de otro – y quieren continuar siendo extraños” (Habermas, 2002, p. 78).

Esta convicción para la educación católica deviene no sólo del despertar de las conciencias hacia la diversidad y de la legitimación del pluralismo cultural tan propio del mundo contemporáneo, sino de sus propias convicciones que sitúan a la persona humana en el centro de sus preocupaciones y reconoce en ella su especificidad e irrepitibilidad.

Y es precisamente ese reconocimiento, el que obliga a estar atento a los riesgos de una “inclusión perversa” a través de la naturalización de las exclusiones de ciertas personas o grupos, los cuales son considerados o integrados pero desde la subalternidad (Sawaia, 2002).

De este modo, las exclusiones se verifican en relación a la diversidad y a la diferencia, en aquello que configura la desigualdad social al sentido común, y que es fruto de las relaciones sociales fundadas en los pilares economicistas del liberalismo (Santos, 2003), que se expresa en la desigualdad, la competitividad y la jerarquización de las prácticas sociales clasificatorias y normatizadoras. Es decir, por la configuración de la desigualdad, la exclusión es provocada cuando nos relacionamos con el otro, a partir de lo que este otro tiene para ofrecernos dentro de los padrones productivistas. Así por la competitividad se entorpecen las relaciones con el otro. Por las prácticas jerarquizadoras y clasificatorias se establecen relaciones basadas en la tenencia. Y por la normatización se busca padronizar y homogeneizar a las personas y a las relaciones, alimentando de paso, la falsa idea de que promover la igualdad es tratar a todo el mundo igualmente.

En otras palabras, el problema no está en ser diversos y diferentes, sino en la manera mercantilizada, prejuiciosa y discriminadora con que se lidia con la diferencia. Ser diferentes y diversos no implica desconocer que somos desiguales. Tampoco el problema pareciera estar en la competitividad, si esta fuese utilizada como una forma lúdica y alternada de construir la colectividad. Lo mismo se puede decir de la jerarquización y clasificación, si tales procesos fuesen apenas estrategias cognitivas provisionarias, que se utilizan para comprender el mundo, o la normatización desde que esta sea comprendida a partir de la constitución social de sujetos permeados por la cultura e historia de sus contextos vitales.

En este mismo sentido no se puede desconocer que la forma más común de apropiarse y percibir la diversidad y la diferencia es a través de la comparación. Esta forma es especialmente evidente en el ámbito educativo, motivo por el cual el mayor desafío de los educadores es promover y poner en marcha el proyecto de una sociedad justa, en la cual la desigualdad, la diversidad y la diferencia no sean excusa para rotular o encasillar a las personas. Y si bien la diversidad no es novedad en la vida humana, si lo es la forma en que la humanidad se apropia de ella, encuadrando, excluyendo, polarizando o tensando los binarios, definiendo territorios simbólicos y concretos de pertenencia, salpicados de violencia e injusticia, veladas o explícitas (Rangel, 2011).

Este es sin duda el desafío de todos los actores sociales que luchan por un mundo en que la igualdad se funda en la dignidad humana y no en lo que se tiene o merece; además donde la desigualdad no es social sino apenas una característica de la especie humana.

Para la educación católica estos nuevos escenarios caracterizados por el multiculturalismo, el pluralismo religioso y valórico, y las exigencias de autonomía, que de cierto no son del todo novedosos, representan caminos posibles por los cuales transitar en su intento de encarnarse en las realidades humanas. En un mundo plural, la educación católica junto con asumir las implicancias y significaciones de lo diferente y diverso ha de buscar propuestas novedosas que, por un lado, permitan vivenciar y celebrar esas diferencias desde una perspectiva liberadora con énfasis en la responsabilidad, el discernimiento y la autonomía y, por otra, aseguren un diálogo simétrico carente de toda pretensión normalizadora, homogeneizante o asimilacionista. En este sentido respetar a las personas, supone respetar su cultura, sus creencias, sus valores y convicciones, y no a modo de constatación, sino a partir de un diálogo entre iguales que interpela pero se deja interpelar.

La educación católica ha de ser entonces una opción por los pobres que amplía sus horizontes no limitándose a las carencias socioeconómicas, sino que promueve la interculturalidad e inclusión en el ámbito educativo. Una educación que promueve la libertad de enseñanza, pero que al mismo tiempo está abierta a la negociación y al diálogo con la disidencia. Estos son, sin duda, algunos de los ámbitos donde la educación católica se juega su credibilidad.

## **8. APUESTAS DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA**

Los actuales escenarios de tensión y disenso demandan de la educación católica una vuelta a su propia tradición de discernimiento y reflexión sobre la acción, en el sentido de hacer un uso adecuado de la libertad. La sociedad y cultura actual descansan en el principio de la libertad y autonomía de la conciencia personal, motivo por el cual se hace necesario formar para la responsabilidad individual, para la gestión de sí mismo en entornos inciertos e inestables, y para el autocontrol y autodisciplina. Con todo, no se puede desconocer que el reconocimiento de la libertad supone, al mismo tiempo, la reivindicación para sí, pero también el respeto y reivindicación de esa misma para los otros.

En un mundo multicultural, multiconfesional y diverso, la educación católica antes que insistir en la confesionalidad doctrinaria, ha de subrayar la dimensión religiosa constitutiva del ser humano (Bentué, 1998), favoreciendo el diálogo, el respeto y comprensión mutua con las diferentes manifestaciones y expresiones religiosas presentes en la cultura, aún de aquellos que se declaran agnósticos, visibilizando la racionalidad, la cuestión del sentido y del absurdo existencial (Ábrigo y Baeza, 2015).

Así no sólo se estará favoreciendo el diálogo y comprensión del otro en lo inmediato, sino que se estarán levantando las preguntas vitales que desnudan al ser humano y los confrontan con lo ilusorio de muchas de sus preocupaciones, su realidad, limitaciones y finitud. En este sentido la educación católica más que centrar sus esfuerzos en adhesiones nominales o defensas corporativas ha de apostar por un encuentro profundo y verdadero con Dios, a fin de dar sentido a la existencia y libertad humana.

“Sólo gracias a ese encuentro – o reencuentro – con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha

acogido ese amor que le devuelve el sentido a la vida ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a los otros? (Evangelii gaudium, p. 8).

La realidad del mundo de hoy exige aprender a ejercer la libertad y la autorreferencia, de modo de no invadir la libertad y espacio del otro, pero también evitar una vida centrada en lo individual y la satisfacción personal, consideraciones que de no tenerse en cuenta terminan tensionando la educación de la fe, que es básicamente una experiencia comunitaria. La educación para la fe, en este sentido, debería contribuir al desarrollo de la conciencia de la alteridad, entendida con el encuentro con el otro a través del reconocimiento de su especificidad, diferencia y diversidad.

Otra de las apuestas de la educación católica ha de ser la formación para la fraternidad, de modo de superar el individualismo y la exclusión, expresiones visibles del pecado social. *“Educar la fe para la libertad, educar la fe para la aceptación del otro, y educar la fe para el compromiso fraterno, no será posible si ello no se hace acercándose y acompañando al joven en su realidad de hoy, su cultura actual (...)”*(Ábrigo y Baeza, 2015, p. 411).

Estas afirmaciones son coincidentes con lo manifestado por los Obispos de Chile en cuanto:

*“(...) lo que realmente interesa es evangelizar no de un modo decorativo, sino de manera vital, en profundidad, llegando hasta las mismas raíces de la experiencia cultural de cada persona y de cada pueblo. Esto será posible si nos animamos a entablar un diálogo en profundidad, franco y sin temores, con las realidades nuevas de nuestro mundo, que a veces parecen estar tan alejadas de la vida eclesial”* (Orientaciones Pastorales, 2014–2020, p. 27a).

En suma, se puede afirmar que educar la libertad, la aceptación del otro y el compromiso fraterno, además de demandar un encuentro con la cultura actual, sus disensos, tensiones y contradicciones, exige educar en el testimonio más que con el discurso. Es decir, en un mundo marcado por las desconfianzas, exclusiones e incertidumbre la educación católica se confronta con las exigencias de coherencia y credibilidad.

## 9. CONCLUSIONES

Sin lugar a dudas, la globalización, dada la complejidad de sus procesos internos, el hecho de ser un fenómeno aún inacabado y las consecuencias todavía impredecibles, especialmente en el campo social en regiones como América Latina, imponen una serie de desafíos y tareas a la educación y, de modo particular, a la educación católica, no sólo en término de las interrogantes éticas que plantean los nuevos escenarios que va creando, sino también en relación a sus fines.

Con todo, son las interpelaciones éticas las que mayores energías y tiempo concentran por cuanto la inequidad social y la falta de oportunidades, de las cuales los sistemas educativos del continente, en gran medida son responsables, en tanto transmisores y legitimadores de un cierto orden que la globalización lejos de suprimir pareciera perpetuar, obligan a la educación católica, en virtud de su misión evangelizadora y liberadora de las ataduras que oprimen a los seres humanos, a posicionarse frente a ese estado de cosas.

En ese contexto la opción preferencial por los pobres, entendida desde una perspectiva amplia no limitada a los requerimientos socioeconómicos, que integra todas las formas de exclusión, que desde hace ya varias décadas se ha constituido en piedra angular de las preocupaciones y quehacer de la Iglesia latinoamericana, recobra inusitada actualidad, por cuanto no sólo constituye un referente ético para la evaluación de los nuevos escenarios que nos depara la globalización, sino también porque esas opciones son un llamado de atención para la propia Iglesia para evaluar su

fidelidad al Evangelio.

La lucha por la justicia social, el respeto por la vida, el fomento de la igualdad de oportunidades, el compromiso con la democracia, la promoción de un pluralismo respetuoso de las diferencias cualesquiera que estas sean, la búsqueda de la trascendencia, etc. son valores a los que no puede renunciar la educación católica. Todos ellos, además de irrenunciables, hacen parte de su esencia misma; pues, no se debe olvidar que más que formar para el conocimiento, la educación católica ha de formar para la vida. De allí, que su impronta formadora distintiva sea el servicio a la comunidad humana en respuesta a su vocación divina.

Papel fundamental en esta misión es la que los obispos de Chile le asignan a la familia.

“No podemos dejar de pensar en la familia que es la primera y más importante educadora. Los valores fundamentales, el amor incondicional, el respeto, la solidaridad, el espíritu de servicio originariamente se aprenden y se ejercitan en el seno de la familia. Ella es el lugar donde germina la fe profunda en Jesucristo y se hace operante en toda la vida. Ciertamente los rápidos cambios que se están produciendo conmocionan todos los aspectos de la vida familiar. Por eso queremos que la Iglesia sea un apoyo a todas las familias en su insustituible misión de educadoras de la humanidad. Si queremos un Chile nuevo, más humano y más justo, más solidario, debemos darle una prioridad a la familia para que viva y transmita los valores que hemos señalado. Todo el sistema educativo debería apoyar a la familia en su labor de formación de la persona. Deseamos que nuestras escuelas, colegios y universidades vivan en un clima de confianza, ya que sólo en una cultura de auténtica confianza se hace posible educar. Invitamos a las comunidades educativas a proponer programas que piensen el contenido de esta Carta y fomenten la cultura de desarrollo integral, solidario y humano que hemos descrito” (Carta Pastoral Humanizar y compartir con equidad el desarrollo de Chile, 2012, “en línea”).

Es decir, la familia en tanto núcleo central de la sociedad es la responsable primera de la educación. En una época en que muchas familias parecieran querer eludir esa responsabilidad, los obispos insisten en que es ella el espacio privilegiado de formación, donde no sólo se decantan los valores, sino también el lugar donde el ser humano se hace realmente persona.

En el ámbito estrictamente educativo la apuesta de la educación católica, en consideración a las demandas de libertad, autonomía y disenso propios de la sociedad globalizada, ha de ser la educación inclusiva e intercultural, en el sentido de que estas no sólo reconocen y asumen las diferencias sino que plantean la construcción de un modelo educativo basado en la equidad y negociación, y no en la imposición y subordinación cultural. Desde esta perspectiva el sello de la educación católica, atendiendo a la propia historia del cristianismo, ha de ser la búsqueda de la unidad inspirada en la buena nueva del Evangelio que lejos de imponer seduce por la fuerza de su verdad.

## REFERENCIAS

Ábrigo, C., y Baeza, J. (2015). Educar para la fe en el contexto de la realidad juvenil de hoy. En P. Imbarak (editora). *Educación católica en Chile: perspectivas, aportes y tensiones*. Santiago: Ediciones UC.

Bamjoit, G., y Franssen, A. (1995). *Les jeunes dans la Compétition Culturelle. Sociologie d'aujourd'hui*. Paris: Presses Universitaires de France (PUF).

- Bentué, A. (1998). *Educación valórica y teológica*. Santiago: Fundación ISECH.
- Brunner, J. (2001). *Perspectivas desde el siglo XXI, Perspectivas*. Departamento de Ingeniería Industrial, Universidad de Chile, 4 (2).
- Cobo, J. (2005). *Otro mundo es posible. Propuesta de una utopía para el siglo XXI*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Concilio Vaticano II (1962 – 1965) (2001). *Gaudium et Spes. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*. Santiago: San Pablo.
- Conferencia Episcopal de Chile. *Orientaciones Pastorales 2000 – 2005*. Santiago: San Pablo.
- Conferencia Episcopal de Chile. (2014). *Orientaciones Pastorales: 2014-2020*. Una Iglesia que escucha, anuncia y sirve. Conferencia Episcopal de Chile (CECh).
- Conferencia Episcopal de Chile. (2012). *Carta Pastoral Humanizar y compartir con equidad el desarrollo de Chile*. Recuperado de <http://www.iglesia.cl/cartapastoral2012/texto.php>
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (1968). *Documento Conclusivo Asamblea General de Medellín*. Bogotá: CELAM.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (1979). *Documento Conclusivo Asamblea General de Puebla*. Bogotá: CELAM.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (2007). *Documento Conclusivo Asamblea General de Aparecida*. Bogotá: CELAM.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (1992). *Documento Conclusivo Asamblea General de Santo Domingo*. Bogotá: CELAM.
- Consejo Episcopal Latinoamericano. (2005). *Hacia la 5ª Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*. Documento de Participación. Bogotá: CELAM.
- Francisco. (2013). *Evangelii gaudium*. Recuperado de [http://w2.vatican.va/content/francesco/en/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20131124\\_evangelii-gaudium.html](http://w2.vatican.va/content/francesco/en/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html)
- García, N. (2001). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir e la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Habermas, J. (2002). *A inclusão do outro: estudos de teoria política*. São Paulo: Edições Loyola.
- Hallak, J. (1999). Globalización, derechos humanos y educación. *Contribuciones del IIPE*, 33, UNESCO: Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación.
- Hopenhayn, M. (2006). La educación en la actual inflexión epocal. Una perspectiva latinoamericana. *Revista PRELAC*. Santiago.
- Juan Pablo II. (1990). *Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae, sobre las Universidades Católicas*. Roma.
- Juan Pablo II. (1999). *Exhortación Apostólica Postsinodal, Ecclesia in America*. México.
- O neoliberalismo na América Latina. *Carta dos superiores provinciais da Compahnia de Jesús* (1996). Sao Paulo: Editora Vozes.

- Paulo VI. (1974). *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi, al episcopado, al clero y a los fieles de toda la Iglesia acerca de la evangelización del mundo contemporáneo*. Bogotá: Librería del Seminario.
- Rangel, M. (organizadora) (2011). *Diversidade, diferença e multiculturalismo*. Niteroi: Intertexto.
- Sagrada Congregación para la Educación Católica. (1977). *La Escuela Católica*. Roma.
- Sagrada Congregación para la Educación Católica. (1982). *El laico educador, testigo de fe en la escuela*. Roma.
- Sagrada Congregación para la Educación Católica. *La Escuela Católica en los Umbrales del Tercer Milenio* (1997). Roma.
- Samper, E. (2002). Educación y globalización. *Educación y globalización los desafíos para América Latina*. (1). Naciones Unidas – CEPAL – ECLAC.
- Santos, B. (2003). *Reconocer para libertar: os caminhos do cosmopolitismo multicultural*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Sawaia, B. (Organizador) (2002). *As artimanhas da exclusão: análise psicossocial e a ética da desigualdade social*. Petrópolis: Editora Vozes.
- Stromquist, N. (2002). Globalization, the 'I' and the 'Other'. *CICE – Journal Archives*, 4(2), New Directions in Comparative and International Education.
- Téllez, M. (1998). Desde la alteridad. Notas para pensar la educación de otro modo. *Revista Relea* 5, Caracas.
- Touraine. A. (1997). *Pourrons – nous vivre ensemble?* París: Fayard.
- Vargas, H. (2007). Desafíos eclesiales y culturales a la identidad de la educación católica en tiempos de globalización. *Rev. Pensamiento Educativo*. 40 (1).